Los cubanos

Humberto López Morales

Las diferentes olas migratorias

El comienzo de la inmigración cubana

La emigración cubana a los Estados Unidos no es fenómeno reciente, pero la formación del importante complejo demosocial asentado hoy en el Gran Miami es resultado de los que, en olas sucesivas, han ido abandonando la isla antillana desde finales de 1958. Los últimos casi cincuenta años han sido testigos de este auténtico alud poblacional, que ha logrado cambiar drásticamente la estructura de la ciudad floridana apacible y provinciana de antaño.

Todo empezó cuando unos 248.070 cubanos, entre los que se encontraban 14.000 niños sin sus padres y sin familia alguna (United States Department of Health, Education, and Welfare, 1962), entraron a los Estados Unidos entre los últimos días de 1958 y octubre de 1962, en que se suspenden los vuelos regulares entre La Habana y Miami, a raíz de la llamada 'crisis de los misiles'.

Para 1961 el número de cubanos asentados en Miami había crecido demasiado en comparación con la cantidad de trabajos disponibles en la entonces pequeña ciudad. El recién fundado Cuban Refugee Program, deseando aliviar las presiones generadas por esta situación, diseñó y ejecutó un amplio plan de relocalizaciones. De los 153.536 cubanos que se habían inscrito en el Centro de Refugiados entre 1961 y 1962, 48.361 fueron trasladados a diferentes estados, principalmente a Nueva York, Nueva Jersey, California e Illinois. El programa obtuvo un notable éxito en aquel momento, pues logró alejar del enclave miamense a casi una tercera parte de esos exilados (31,5%)[1].

Estos inmigrantes de la primera ola (1959-1962) eran gentes procedentes de la capital o de otras grandes ciudades, con un alto grado de instrucción, que habían desempeñado profesiones bien remuneradas. El grupo estaba lejos de ser homogéneo, pues aunque estas eran las características más sobresalientes, no dejaban de encontrarse en él pescadores, campesinos, conductores de camiones, mecánicos y vendedores, es decir, representantes de todo el espectro laboral.

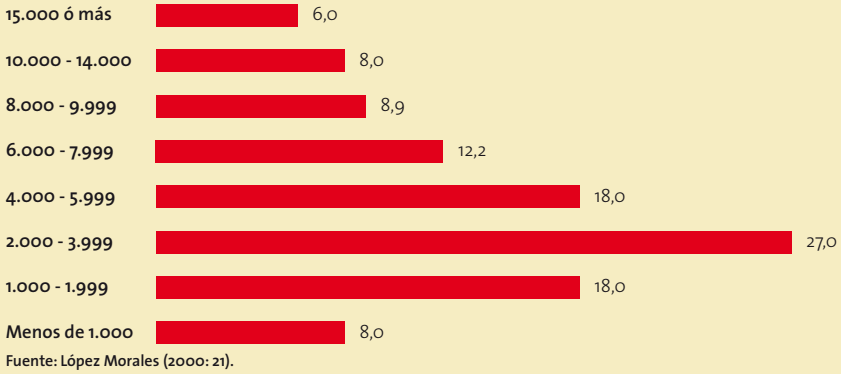
En efecto, según Fagen, Brody y O'Leary (1968), el 62% de estos refugiados procedía de La Habana, el 25%, de otras ciudades de más de 50.000 habitantes, el 11%, de pueblos (entre 50.000 y 250 habitantes), y solo el 2%, del 'campo' (localidades de menos de 250 habitantes). Al comparar estos porcentajes con los de los lugares de residencia que muestra el censo poblacional cubano de 1953 (N=5.829.000) se observan grandes desigualdades. Aquí, la cifra mayor, un 43%, es la de los habitantes de zonas rurales, y le sigue, con un 26%, la población que habitaba en pueblos o en pequeñas ciudades. Los residentes habaneros aparecen con un 21%, y los de otras ciudades de importancia, con un 10%.

Mientras que la fuerza laboral de la Cuba de 1953 descansaba en los renglones más bajos, esta muestra de refugiados cubanos habla de la existencia de grupos mucho más nutridos en los niveles altos. Los profesionales y semiprofesionales, por ejemplo, están superrepresentados por un factor superior a 5 y, en cambio, las personas dedicadas a la agricultura y a la pesca están infrarrepresentados por un factor cercano a 14.

Esto explica sobradamente el paralelismo que se observa entre estos datos y los relativos a la educación. En este primer grupo de exiliados (N=1.085), un escaso 4% no ha completado sus estudios primarios, el 60% tiene algunos años de bachillerato, un alto 23,5% ha llegado a la universidad, y un 12,5% posee algún grado superior. El contraste con la realidad cubana de principios de la década de los cincuenta es notable. Según los datos del censo (N=2.633,000), un 1% de la población adulta disponía de un título superior, y apenas el 3% había cursado años de universidad, mientras que un 44% se encontraba entre la primaria y el bachillerato, y un altísimo 52% no había logrado terminar los estudios de la primera etapa.

Los contrastes entre los exilados de esta primera ola y la comunidad de origen se hacen también patentes al examinar el factor 'ingresos'; los sujetos entrevistados (N=199) informaron haber recibido los sueldos que se muestran en la gráfica 1 durante 1958.

gráfica 1 Ingresos obtenidos en Cuba (1958)



Fuente: López Morales (2000: 21).

El análisis llevado a cabo por Fagen, Brody y O'Leary (1968: 20-21) indica que menos del 23% había ganado sueldos inferiores a los 2.000 pesos, el 56% obtuvo entre 2.000 y 8.000, y un 21% recibió más de 8.000. La media de ingresos era de 5.960 pesos. Para 1957, la renta per cápita en Cuba fue de 431 pesos, pero teniendo en cuenta que entonces solo uno de cada tres adultos estaba empleado, el producto nacional bruto de cada trabajador era de 1.293 (Russett et ál., 1964). Se supone que si los cubanos llegados a Miami ofrecieran un paralelo con la situación cubana general, su media de ingresos debería haber estado por debajo de esta cifra; en cambio, la media de aquellos recién exiliados multiplica los 1.293 pesos por un factor superior a 4. Un estudio monográfico sobre este asunto (Álvarez Díaz et ál., 1963) pone de manifiesto que en 1958, el 60,5% de los hombres empleados ganaba menos de 900 pesos al año. En cambio, obsérvese que en la muestra miamense de cabezas de familia, únicamente el 7% tiene ingresos inferiores a los 1.000 dólares.

Es de lamentar que no se tengan datos precisos sobre la composición racial de estos primeros exiliados, pero el Research Institute for Cuba and the Caribbean de la Universidad de Miami ha calculado que, aproximadamente, el 2% de ellos eran negros y el 3,5%, mestizos. Según el censo de 1953, el total de la población negra ascendía en Cuba a un 12,4%, y la mulata, al 14,5% (Center for Advanced International Studies, 1967). Estas cifras indican que el grueso de esta primera ola inmigratoria era preponderantemente blanca.

Los 'vuelos de la libertad'

En los tres años que mediaron entre la 'crisis de los misiles' y la inauguración de los llamados 'vuelos de la libertad', la emigración hacia la Florida fue menos abundante: entre el 22 de octubre de 1962 y el 28 de septiembre de 1965 entraron a los Estados Unidos unos

69.081 cubanos más. El fin del contacto aéreo directo entre La Habana y Miami propiciaba la llegada a través de terceros países, principalmente desde México y España (58.545); en la mayoría de los casos, se trataba de familiares de los que ya estaban establecidos en suelo norteamericano o de padres de los niños que habían sido enviados solos en la operación Peter Pan. También lo hicieron en vuelos especiales organizados por la Cruz Roja, como los 5.000 prisioneros del frustrado episodio de Bahía de Cochinos, o mediante vías clandestinas (10.536), cruzando el estrecho a bordo de una buena cantidad de 'objetos flotantes'.

En estos vuelos (del 1 de diciembre de 1965 al 3 de abril de 1973) apenas si llegaron profesionales o técnicos, y ningún joven en edad de prestar servicio militar, ni presos políticos, lo que logró que la población cubana del exilio llegara a ser más equilibrada, con el consiguiente aumento de la proporción de obreros y la disminución de profesionales y semiprofesionales (de 7,1% en 1967 a 4,1% en 1971). Se trataba ahora de una población muy heterogénea, con representantes de todas las clases sociales, todas las profesiones y oficios, varios grupos étnicos y religiosos, y aunque seguían primando los de la provincia de La Habana, había nutrida representación de las demás. García (1996: 44) subraya el hecho de que, junto a esta variedad, también existían en el exilio diferencias políticas que cubrían un amplio espectro ideológico.

El episodio de Camarioca

Del 28 de septiembre al 3 de noviembre de 1965 es el puente marítimo que tuvo la base en Camarioca, pequeño pueblo pesquero de la costa norte de Matanzas; creado gracias a presiones internas y externas, logró que los cubanos de Miami llevaran consigo a sus familiares en las embarcaciones que pudieron comprar o alquilar —425 en total— con capacidad para transportar a 10.000 refugiados[2]. El 7 de octubre llegaron a la Florida las primeras de las 4.993 personas que lograron salir de la isla por este medio, muy pocos en realidad, si se compara esta cifra con las 200.000 solicitudes que habían sido presentadas ante las autoridades cubanas. Un mes más tarde, el 7 de noviembre, habían salido 2.979 más; los otros 2.014 que quedaban seguían a la espera en el campamento de Kawama, cercano a Camarioca. El 15 de noviembre empezaron a salir rumbo a Cayo Hueso.

Según Portes, Clark y Manning (1985: 42), el 80,1% de estos emigrados salían de Cuba por razones políticas, el 12,3% perseguía la reunificación familiar, el 3,7% huía por imperativos económicos y el restante 3,9% había sido expulsado por las autoridades del país.

El fugaz episodio de Camarioca se cerró con la pérdida de varias vidas, pues a pesar de que la guardia costera estadounidense llevó a cabo 988 operaciones de rescate, que salvaron la vida a miles de pasajeros, 25 de las más frágiles embarcaciones zozobraron en el estrecho.

Estas muertes, las primeras de una larga historia, y sobre todo, su repercusión en el exterior, produjeron, al menos, una feliz decisión: la firma de un 'Memorandum of understanding' entre Cuba y los Estados Unidos, por el cual se iniciaron los llamados 'vuelos de la libertad'. Inaugurados el 1 de diciembre de 1965, y sufragados por el Gobierno de este último país, duraron ocho años, aunque a partir de agosto de 1971 fueron esporádicos hasta su cancelación, en abril de 1973; en los dos aviones que a diario despegaban del aeropuerto de Varadero (con un total de 3.048 vuelos) salieron del país otras 297.318 personas (Clark, 1977: 75).

Durante estos años, otra vía estimable de entrada a los Estados Unidos fue a través de terceros países, principalmente desde España, que vio incrementar de manera espectacular el volumen de cubanos que llegaban a su suelo, sobre todo a partir de 1972, cuando el declinar de los 'vuelos de la libertad' era un hecho palpable. Según Fabricio (1972a), el número de viajeros llegados de la isla aumentó en 1.100 individuos por mes. En poco tiempo

había 30.000 a la espera del ansiado visado norteamericano. El 25% de ellos lo consiguió con rapidez porque eran reclamados por el cónyuge, los hijos o los padres; el resto viajó con estatus de *parolee*. Fabricio (1972b) nos informa que, hasta noviembre de 1972, los exiliados cubanos llegados a través de España eran 80.700.

Las características sociales de los llegados anteriormente comenzaron a cambiar con los nuevos exiliados procedentes del puerto de Camarioca (28 de septiembre al 3 de noviembre de 1965). Solo el 12% eran profesionales o administrativos, mientras que un alto 57% eran oficinistas, empleados múltiples, vendedores, obreros especializados y sin especialización, y trabajadores agrarios. Como resultado de las restricciones impuestas por Cuba, las amas de casa, junto a niños, estudiantes y viejos, constituían mayoría. La novedad era, sin duda, la importante representación de las comunidades china y judía —esta última de origen centroeuropeo—, asentadas en Cuba por largos años. Los primeros, dueños de pequeños negocios (puestos de fruta, restaurantes y lavanderías), los segundos, enfrascados en actividades comerciales de más vuelo. Los negros, sin embargo, seguían con una representación mínima.

1980: el éxodo de Mariel

Aunque entre 1973 y 1979 llegaron 179.000 cubanos más procedentes de España, México y Venezuela[3], y de octubre de 1978 a abril de 1980 el Gobierno cubano permitió la salida de unos 14.000 presos políticos y sus familiares, fue necesario esperar unos meses más para que la emigración pudiera protagonizar otro capítulo de gran dramatismo: el episodio de Mariel.

La historia de Camarioca volvía a repetirse: al conocerse la noticia, los cubanos de Miami zarparon hacia el puerto de Mariel en cualquier cosa que pudiera navegar con tal de recoger a su familia, e incluso a desconocidos que estuvieran deseosos de abandonar la isla[4].

En poco más de cinco meses habían salido 124.776 personas (Bowen, ed. 1989), entre las cuales había 1.500 individuos discapacitados psíquicos o con problemas mentales, 1.600 alcohólicos, adictos a drogas, tuberculosos o con trastornos cardiovasculares y cuatro leprosos que el Gobierno insular se había ocupado de incluir entre los que obtenían el ansiado permiso de salida. Pero lo más asombroso eran los 26.000 que poseían expedientes carcelarios (García, 1996: 64). Muchos de estos últimos fueron puestos en libertad, al comprobar que su estancia en las cárceles cubanas obedecía a motivos políticos o a pequeños delitos, pero 1.769 —un 1,4% del total— fueron encontrados realmente culpables y enviados a cárceles federales. Por último, se decidió, sin demasiado éxito, devolver a Cuba a algo menos de 1.000 delincuentes (Hoobler, 1996).

El 73% de los que integraban el grupo de los 'marielitos' logró quedarse en la Florida (78.545) y, de ellos, el 75% consiguió trabajos y fundó hogares en la zona metropolitana de Miami, llevando una vida completamente normal, que en nada se diferenciaba de los llegados con anterioridad.

En muchos aspectos el grupo de los 'marielitos' (1980) mostraba diferencias importantes con los exiliados anteriores, si bien es verdad que la gran mayoría de ellos seguía asegurando que salían de la isla debido a razones políticas: escapar del comunismo y conquistar la libertad personal. Aproximadamente un 70% eran hombres de una media de edad de 34,2 años, seis años menos que los llegados durante la década anterior; las mujeres eran algo más jóvenes aún. Aunque la mayoría de ellos era de raza blanca, los negros y los mulatos cuadruplicaban el 3% de los informes emitidos en 1973. Los solteros ascendían al 43%, cantidad dos veces y media superior a la de los inmigrantes de la década de los setenta. Más del 80% procedía de ciudades de más de 50.000 habitantes de diferentes zonas de la isla, y la mitad, de la provincia de La Habana. Ni sus

índices de educación ni otros factores correlativos eran inferiores al de los cubanos llegados en años anteriores.

El perfil laboral de los 'marielitos' era paralelo al de los de la clase trabajadora de los llegados a través de los 'vuelos de la libertad': obreros manuales, empleados de fábrica, trabajadores profesionales y técnicos.

Un acuerdo especial entre Cuba y los Estados Unidos, firmado en 1984, posibilitó entonces que 20.000 cubanos al año pudieran abandonar la isla y, a cambio, el Gobierno insular se comprometía a aceptar a 2.746 'marielitos' indeseables. Se dio prioridad a aquellos que reunían los requisitos para recibir asilo, la mayoría de ellos presos políticos y sus familiares. No llegó a salir el número pactado, ya que en mayo de 1985 Cuba suspendió el acuerdo como medida de protesta por la fundación de Radio Martí. Para entonces habían sido repatriados solo 201 'marielitos'. Entre 1988 y 1993, otros 3.000 ó 4.000 individuos lograron alcanzar la Florida a través de vuelos regulares.



'Marielitos'.

Entre 1990 y 1994 salieron de la isla otras 105.000 personas, de las cuales tres cuartas partes (78.750) fueron a los Estados Unidos. En este período de cinco años, la emigración se acentuó considerablemente en los dos últimos, que acapararon cerca del 60% del total. Con respecto a 1990, en 1993 las salidas fueron dos veces y medio superiores, y en 1994, se multiplicaron por cinco. Durante este corto período la vía ilegal consiguió alcanzar porcientos superiores al 40, en contraste con la legal, que no subió más del 30. A estas cifras, sin embargo, hay que añadir a los que, habiendo salido de la isla con visados temporales, no regresaron jamás. A partir de 1990, año en el que a las salidas legales correspondía el 48,5% hasta el gran aluvión de los 'balseros', este tipo de inmigración fue decreciendo considerablemente.

La década de los noventa: los 'balseros'

Durante estos años el puente más transitado hacia la Florida fue el extremadamente frágil y peligroso construido por los 'balseros': 125.000 personas lograron sobrevivir al fatídico viaje. Solo en 1994, clímax de esta arriesgada operación, huyeron unos 30.000 individuos entre hombres, mujeres, niños y ancianos, como todos los demás, a través de unas balsas de manufactura casera, algunas de las cuales llegaron a flotar por puro milagro[5]. No todos llegaron directamente a la Florida; muchos fueron rescatados en el estrecho por barcos norteamericanos y llevados a la base de Guantánamo, en el oriente de la isla, donde permanecieron a la espera de que pudiesen ser acomodados en terceros países o de que Cuba permitiera su regreso. Poco tiempo después se instalaban en los Estados Unidos.

La terrible crisis de los 'balseros' hizo posible que ese mismo año, 1994, ambos países firmaran unos nuevos acuerdos migratorios, en los que Norteamérica ofrecía 20.000 visa-

dos anuales: algunos serían concedidos por calificación, otros, por la vía de refugio político o por *parolee*, y otros, por un sorteo especial para llenar las cuotas inmigratorias correspondientes a Cuba.

Las características generales de la inmigración de los años noventa son: predominio de hombres (59,8%), de personas jóvenes (en torno a los 30 años), en su mayoría, procedentes de la capital (65,3%). Cuando estos datos se desglosan, como hace Aja Díaz (2000) en las tres categorías que estudia, el resultado es el siguiente: entre los emigrados legalmente, las proporciones entre hombres y mujeres están muy equilibradas (50,5% y 49,5%, respectivamente), jóvenes la gran mayoría, con una media de 30 años de edad, procedentes de las provincias occidentales de Cuba: el 60% llega desde la capital, y el resto se divide entre la provincia de La Habana, Pinar del Río, Matanzas, Villa Clara y Camagüey. A lo largo de esta década crece el número de inmigrantes menores de 20 años, y el de entre 30 y 39, mientras que se debilita el de más de 50 años, lo que ha propiciado un notable rejuvenecimiento de la comunidad cubana del exilio. Un alto porcentaje (70%) estaba desempleado a la salida del país; el resto contaba con un 55% de hombres y mujeres menores de 39 años. En el grupo de profesionales y técnicos, las mujeres constituían mayoría. El 85% de estos emigrados declaró en Cuba que sus motivaciones para abandonar el país eran 'completamente económicas'.

Entre los que salieron con visados temporales, pero que nunca regresaron a la isla, el grupo mayoritario está constituido por hombres de entre 30 y 49 años (X=41 años), en su mayoría profesionales y técnicos (57,5%); siguen las mujeres de edad avanzada (más de 50 años), procedentes en sus tres cuartas partes de La Habana y su provincia; las amas de casa y los jubilados fueron aumentando sus proporciones: constituían el 25% de los emigrados por este medio entre 1991 y 1992, y eran ya el 45% de los que salieron entre 1993 y 1994.

El perfil que ofrece la inmigración ilegal, con su cúspide en el alud de los 'balseros', es muy singular. En su gran mayoría, hombres jóvenes (de entre 27 y 28 años), blancos, procedentes de la capital, que viajaban solos, a pesar de que la mitad de ellos estaban casados o vivían acompañados. Predominan los jóvenes profesionales, los obreros de las ciudades y los trabajadores agrarios. Según una encuesta realizada en La Habana, el 60% de ellos confesaba que su salida se debía a 'motivos económicos' y a otros relacionados con expectativas de realización personal (Aja Díaz, 2000: 19).



'Balseros'.

Durante 1996 y 1997 (también en 1998), el Gobierno norteamericano descontó 5.000 visados anuales, correspondientes a los llegados desde la base de Guantánamo. Realizada la correspondiente operación de resta, el total de visados concedidos durante este período a los que residían en la isla fue de 66.298 (Aja Díaz, 2000). Los visados necesitaban del visto bueno de las autoridades cubanas, por lo que será fácil imaginar que ambas listas no coincidían nunca. Es verdad también que no había coincidencia entre el número

de solicitudes de visado y su concesión: en 1995 hubo 190 peticiones, pero se otorgaron 5.398 visados; en cambio, al año siguiente, de 436.277 solicitudes, solo se concedieron 7.000.

En 1995, la declaración conjunta firmada por los dos países intentaba cerrar la puerta a la inmigración ilegal de manera definitiva. Los Estados Unidos se comprometían a enviar a la isla a los 'balseros' que fueran interceptados en el mar, y Cuba, a recibirlos sin represalia alguna. Desde mayo de 1995 hasta la fecha, cerca de un millar de 'balseros' sorprendidos en el estrecho floridano han sido devueltos a su país. En los últimos tres años la medida no se cumple, pero solo con aquellos que logran tocar tierra estadounidense.

De aquí en adelante el futuro de la emigración cubana es incierto, aunque una investigación del Centro de Estudios de Alternativas Políticas (CEAP) de la Universidad de La Habana informaba que el 'potencial migratorio'[6] se encontraba hasta 1999 entre 490.000 y 733.000 personas. Este grupo está integrado por personas menores de 40 años, con buen nivel profesional y técnico, desempleados, estudiantes (mujeres en mayor proporción) y residentes de la capital en un 60%, aunque también los hay de la provincia y de Pinar del Río, Villa Clara y Camagüey (Aja Díaz, 2000: 9-10).

La inmigración cubana, hoy

Los asientos poblacionales

Aunque la relativamente reciente diáspora ha llevado a los cubanos a lugares muy distantes y diversos[7], bastante más de un millón de ellos —1.241.685, en torno al 12% de la población de la isla— ha terminado por radicarse en suelo norteamericano, llegando a constituir en el presente el 0,41% del total de la población de ese país. Es verdad que los cubanos están desperdigados en muchos estados de la Unión (vid. cuadro 1), pero también lo es el hecho de que la gran mayoría haya decidido vivir en la Florida, concretamente en el Gran Miami[8].

El Gran Miami o Miami-Dade, condado nacido en 1957, consta de 30 municipios y de una buena cantidad de territorios no incorporados, extendidos a través de más de 2.000 millas cuadradas en el sur de la Florida, excepción hecha del Parque Nacional de los Everglades, que ocupa una tercera parte de esta superficie. El mayor de los municipios del condado es la ciudad de Miami, que junto a otras municipalidades de altos índices demográficos constituye el llamado Gran Miami.

En el nuevo condado, con una demografía actual de 2.100.000, la población hispana es de 1.291.737 individuos; de este 61,5% sobresalen los cubanos, con un 50%. Miami-Dade es hoy el condado de mayor concentración hispana de todo el país, pues ha llegado a superar a Bexar, donde está enclavada la ciudad de San Antonio, que ostentaba ese título hasta hace una década.

Aunque se encuentran hispanos y cubanos en todo el estado de la Florida, la mayor cantidad de ellos está distribuida entre los siguientes municipios del Gran Miami (cuadro 2).

Al margen del condado de Miami-Dade, la población hispana, y cubana en particular, está empezando a adquirir cotas importantes en el sur de la Florida: el condado de Broward ha experimentado un ascenso del 71% de hispanos en esta última década, y el de Palm Beach, del 77%, aunque aún sus proporciones alcanzan cifras modestas: el 13% y el 11%, respectivamente. Sin embargo, estos índices han convertido a Broward y a Palm Beach en el segundo y el tercer condado del país, solo superado con respecto al incremento de la población hispana por el de Clark (Nevada), sede de la ciudad de Las Vegas. Los índices demográficos hispanos han comenzado a tener también un gran incremento en los cayos sureños.

cuadro 1 **Número de cubanos residentes en los Estados Unidos por estados (principios de 2007)**

Estado	Número de cubanos	Estado	Número de cubanos
La Florida	833.120	Carolina del Sur	2.875
California	72.286	Nuevo México	2.588
Nueva York	62.590	Minnesota	2.527
Texas	25.705	Alabama	2.354
Illinois	18.438	Oklahoma	1.759
Georgia	12.536	Misisipi	1.508
Nevada	11.480	Washington	1.101
Pensilvania	10.365	Arkansas	950
Massachusetts	8.867	Utah	940
Luisiana	8.448	Nebraska	850
Virginia	8.332	Nuevo Hampshire	785
Carolina del Norte	7.389	Iowa	750
Míchigan	7.249	Alaska	553
Maryland	6.128	Maine	478
Arizona	5.277	Virginia Occidental	453
Ohio	5.152	Idaho	408
Washington D.C.	4.501	Vermont	310
Colorado	3.701	Montana	285
Tennessee	3.695	Dakota del Norte	250
Kentucky	3.516	Dakota del Sur	163
Oregón	3.071	Wyoming	160
Misuri	3.022		

cuadro 2 **Distribución poblacional de hispanos y cubanos en el Gran Miami (Oficina del Censo, 2001)**

	N.° de hispanos	% hispanos	% cubanos
Miami	258.351	66	52
Hialeah	204.543	90	69
Miami Beach	47.000	53	38
Coral Gables	19.703	47	62
Hialeah Gardens	17.324	90	60
Homestead	16.537	52	13
North Miami	13.869	23	19
Sweetwater	13.253	93	54
North Miami Beach	12.245	30	16
Miami Springs	8.173	60	53

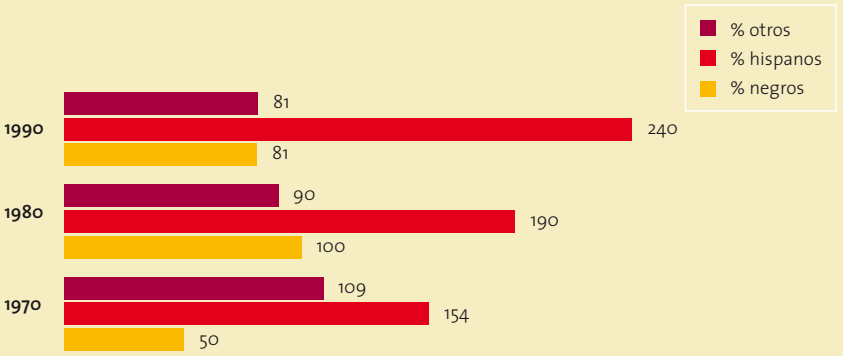
En 1990, ya el Gran Miami era la tercera concentración de hispanos de los Estados Unidos, solo superada por Los Ángeles y Nueva York, cuyos primeros asentamientos databan de mucho tiempo atrás, y hoy es la primera zona metropolitana de la Unión americana de más de dos millones de habitantes con una mayoría hispana.

Este hecho marca una diferencia radical con respecto a mexicanos y puertorriqueños, los grupos más populosos de inmigrantes hispanos en el país, que, por el contrario, han venido dispersándose cada vez más de sus lugares de origen.

La población cubana de la zona metropolitana es hoy un abigarrado conglomerado de gentes procedentes de zonas urbanas, de campesinos y de pescadores, de blancos, ne-

gros y mulatos, de pobres, de clase media y de millonarios, de profesionales altamente especializados, de grandes empresarios y de trabajadores de todo tipo, incluyendo los de categoría más modesta, de individuos con escasa instrucción y de otros con títulos universitarios superiores. Estamos, pues, ante una especie de gran palimpsesto demosocial enclavado al otro lado del estrecho de la Florida, a tan solo unas 90 millas de La Habana.

gráfica 2 **Índices de crecimiento de la población hispana de Miami**



Fuente: López Morales (2000: 35).

Este núcleo está integrado por cubanos nacidos en la isla, grupo mayoritario por tratarse de una inmigración joven, y los que han visto la luz en los Estados Unidos, un 28%, según Boswell (1994), pero seguro que este porcentaje ha aumentado considerablemente en los últimos dos lustros. Entre los del primer grupo hay mucha heterogeneidad causada por las diferencias de edad de llegada a suelo norteamericano.

La preferencia de los cubanos por Miami es cada vez más explicable: la cercanía geográfica a las costas de Cuba, la semejanza climatológica y, sobre todo, la cada vez más creciente 'atmósfera' cubana que domina este enclave —en la que ocupa un lugar destacadísimo el manejo asiduo del español en la vida pública— han hecho de esta ciudad, casi desde el principio mismo de las inmigraciones recientes, un enclave único entre los núcleos hispánicos de Norteamérica: Miami es la 'Meca', la 'capital del exilio', la ciudad 'cubana' de mayor población, inmediatamente después de La Habana.

No cabe duda de que la situación demográfica del Gran Miami, más los importantes factores que la acompañan —éxito económico, creciente poder político, fuerte cohesión cultural—, han dado a esta comunidad una fisonomía muy particular, de la que no puede ser ajeno el factor idiomático.

El poder económico

A pesar de ciertas inyecciones desestabilizadoras, como la llegada de los 125.000 'marielitos' en graves momentos de inflación, la economía cubana de Miami se mantenía en alza. Pero ello fue debido a factores muy específicos que empezaron a actuar desde los primeros momentos: la fundación de negocios y el aprovechamiento de las oportunidades brindadas para reiniciarse en la vida profesional, las facilidades intragrupales para conseguir empleo, la estructura familiar trigeneracional, que favoreció la incorporación masiva de la mujer a la fuerza laboral, y el control de la natalidad.

A mediados de los setenta, pasadas ya las épocas más difíciles en las que había pocas posibilidades de empleo y en las que abrir un negocio, por modesto que fuera, era un verdadero acto de heroísmo, se pudieron adquirir pequeños préstamos de bancos de dueños cubanos o hispanos, solo con el apoyo de una firme historia empresarial de los tiempos



Farmacia de Miami.

de Cuba. En general se fundaron empresas modestas: restaurantes, tiendas de comestibles, estaciones de gasolina, estudios fotográficos, farmacias, tiendas y bares, y poco después, otras no tan modestas, como tiendas por departamentos, fábricas, cines y salas de fiesta. En ambos extremos de este espectro, los vendedores callejeros —de *guarapo*,' jugo de caña' y granizados— y los muy ricos, que habían entrado directamente a las industrias bancaria y bursátil y a otras grandes empresas. Los profesionales fundaron firmas de trabajo y consultoría, las más notables, las pequeñas clínicas médicas y odontológicas, muchas de las cuales recordaban las estructuras que las habían sostenido en Cuba.

Por otra parte, la presencia de los abuelos en los núcleos familiares, que aparte de colaborar con sus cheques de asistencia social se dedicaban al cuidado de los niños y a las tareas domésticas, permitía a las mujeres entrar de lleno, a veces hombro con hombro con sus maridos, en el mundo del empleo, lo que posibilitaba, en el más modesto de los casos, redondear la economía del hogar y, en el más exitoso, fundar firmas comerciales familiares, en las que la mujer desempeñaba con frecuencia papeles protagónicos.

Pero, además, los núcleos familiares eran pequeños. En general, el tamaño de los hogares hispánicos era —y es— mayor (3,6 miembros) que el de los no hispanos (2,6), pero entre los primeros se dan diferencias muy significativas: las familias de origen mexicano, por ejemplo, muestran un promedio de cuatro miembros; los cubanos, en cambio, se han mantenido en un 2,8, cifra que se acerca considerablemente a la de los hogares no hispanos (Strategy Research Corporation, 1999).

Muy importante dentro del mundo del empleo fue la presencia de las estrechas redes sociales que los cubanos fueron construyendo y fortaleciendo en Miami a lo largo de estas últimas décadas. En contraste con otros inmigrantes que tenían ante sí fundamentalmente un mercado de trabajo abierto a sectores periféricos de la economía, los cubanos, pasada ya la difícil época de los comienzos, encontraron trabajo con relativa facilidad en los negocios, también cubanos, cuyos dueños o administradores habían llegado de la isla en situación parecida a la de ellos, solo que antes. Puede que en estos casos, la retribución económica no haya sido muy alta, al menos en los inicios, pero eso quedaba compensado por el hecho de que el proceso de aprendizaje de nuevas destrezas se hacía mucho más fácil, al borrarse o difuminarse —gracias a los lazos étnicos— las rígidas estructuras jerárquicas en los puestos de trabajo.

Los negocios propiedad de cubanos se multiplicaron casi por ocho en 15 años: de 3.447 en 1969 a 24.898 en 1982, un incremento de un 622% (Cuban American Policy Center, 1988). En el año 2000, según señalaba la revista *Hispanic Business*, de las 500 compañías hispánicas más grandes del país, 116 están en California, 111 en la Florida y 74 en Texas, pero las floridanas están en el primer nivel de ingresos, con 5.531 millones de dólares, seguidas de las californianas (3.064) y de las tejanas (2.245 millones de dólares). La primera empresa hispánica de los Estados Unidos es la MacTec, de dueños cubanos, la primera en facturar más de mil millones anuales. Desde hace unos pocos años, el Gran Miami ocupa el primer lugar en la nación en cuanto a densidad de negocios hispanos, pues de un total de 161.300 firmas comerciales, 77.300 eran de propiedad hispana, es decir, un 37,8%, muy cerca de la mitad del total de empresas de la zona. Y estas ya no estaban circunscritas a los típicos negocitos étnicos, sino que muchos constituían, después de años de trabajo, grandes empresas de manufactura, construcción, seguros, bienes raíces, banca, publicidad y exportación-importación (Portes y Bach, 1985). Otro tanto puede decirse del número de facturas emitidas: del total de 35.733, un 31% (10.949) fueron producidas por empresas hispanas. Los datos indican que en un período de tiempo que va de 1990 a 1995, mientras que el crecimiento general de los negocios en el país fue de un 26%, los hispanos alcanzaron un 76%. Todo ello ha hecho del Gran Miami una de las zonas de los Estados Unidos que más y con mayor rapidez ha crecido económicamente.

Concretamente los negocios cubanos de todo el país constituyen el 12,1% de las empresas hispanas, y las facturas que producen ascienden al 21,4%. Por sobre ellos, están los propietarios mexicanos con un importante 49,1%, y los de Centro y Suramérica, con un 20,9%. La situación en cuanto a la facturación, sin embargo, es diferente, pues aquí solo las firmas mexicanas (39,7%) sobrepasan a las cubanas. Las demás se quedan en un 16,6%.

La proporción de negocios de propiedad cubana en los Estados Unidos podría parecer pequeña, pero si se tiene en cuenta el volumen demográfico de las diversas procedencias de inmigrantes, el cuadro cambia completamente: el 12,1% de las firmas comerciales cubanas debe ser proyectado sobre el 5% de la población estadounidense que procede de la isla, mientras que el 49,1%, lo será sobre el 63,3%. La diferencia salta a la vista a favor de las primeras, con un margen altamente significativo.

En el caso concreto del Gran Miami, en 1970, una tercera parte de los negocios y de las pequeñas empresas de la zona (8.500) eran propiedad de cubanos o estaban administradas por ellos y tres cuartas partes de las estaciones de servicio para automóviles, restaurantes y clubes nocturnos eran también cubanas. A finales de esa década poseían 230 restaurantes, 30 fábricas de muebles, 20 fábricas de ropa, 30 fábricas de tabaco y una fábrica de calzado que empleaba a 3.000 personas, y en los años ochenta: 500 supermercados, 250 farmacias y 60 negocios de automóviles nuevos y usados.

Por esa misma época, de los 70 bancos del Gran Miami, cinco tenían un presidente o un alto cargo cubano; cuatro años más tarde, eran 14, y en 1980, en los 62 bancos del condado de Miami-Dade, había 16 presidentes y 250 vicepresidentes de este origen. En 1983, los bancos con operaciones internacionales administrados por cubanos eran 130, entre ellos, el Continental Nacional Bank (29 millones de dólares en activo y 585 en depósitos) y el Barnett of South Florida (con depósitos por 88.115.000 dólares). A finales de 1985, cuando ya se había absorbido el desequilibrio económico de Mariel, los cubanos eran dueños de 21 bancos y de 18.000 negocios, responsables del desarrollo del comercio internacional controlado desde el Gran Miami.

En 2001, de las diez empresas hispanas distinguidas y premiadas por su éxito sobresaliente, nueve eran propiedad o estaban administradas por cubanos: PanAmericam Hospital, Sedano's Supermarket, The Related Group, Ocean Bank, Farm Stores, Physicians Healthcare Plant, Headquarer Toyota-Lincoln Mercuty & Affiliates, Avanti Press y Northwestern Meat.

Todo esto ha dado por resultado que la posición económica de los cubanos sea la mejor de entre los grupos de inmigrantes hispanos de la zona. La media de ingresos familiares ha alcanzado los 50.000 dólares, lo que ha incrementado el erario público con casi tres millones en concepto de impuestos.

La educación

Los últimos datos censales muestran que son los cubanos los que poseen los porcentajes más altos de escolarización. Un 70,3% ha terminado la escuela secundaria, y un 27,8% posee un título universitario de primer ciclo. Es verdad que estas cifras están por debajo de las de población no hispana en cuanto a escuela secundaria (el 87,7%) aunque no en los niveles universitarios (27,7%), si bien por un margen estrechísimo. Estos datos pueden verse con una mejor perspectiva tan pronto como los comparamos con otros grupos hispánicos: los más cercanos a los cubanos los encontramos en el grupo constituido por centroamericanos y suramericanos conjuntamente, que son de un 64% para graduados de escuela secundaria, y de un 18% para los universitarios (Morales, 2001a: 248).

Ya antes de que se dispusiese de estos datos del censo, la prensa se había hecho eco de que la proporción de cubanos que poseían un título universitario de primer ciclo de universidad era de un 25%, lo que se acercaba al 28% de los blancos anglos del país. Mayor

relieve cobran estos datos cuando se descubre que el porcentaje para el total de hispanos solo llega al 11%.

La cohesión cultural

En el caso de Miami, la comunidad se muestra fuertemente cohesionada en lo cultural. Al margen de los signos urbanos externos, tres son los grandes índices que atestiguan esa cohesión: la creación y fortalecimiento de una gran red de comunicaciones en español, un despliegue cada vez más acentuado de toda una serie de actividades públicas de tipo cultural en las que el español desempeña el papel estelar (teatro, música, cine, conferencias, certámenes literarios, mesas redondas, etc., actividades a las que es preciso añadir la publicación de libros y la edición de música con letra en español) y, además, la reciente organización de un tupido calendario de actividades colectivas de carácter cívico, religioso y festivo (vid. López Morales, 2003: 49-60).

Notas

[1] Las relocalizaciones protagonizaron capítulos posteriores, algunos incluso con mayor éxito que este primero. Según Prohías y Casal (1973: 109), el período más intenso de relocalizaciones (anterior al éxodo de Mariel) se produce entre 1965 y 1973. En el primero de estos años, un 42% de todos los cubanos exilados en los Estados Unidos vivía en el condado de Miami-Dade; cinco años después, a pesar de que no cesaba la llegada de inmigrantes, era de solo un 40%. Una impresionante bibliografía sobre esta primera etapa de la inmigración cubana a los Estados Unidos es la de Miller (1977). Entre los estudios sociohistóricos más destacados por su información abundante y novedosa están los de Clark (1977) y *The Cuban immigration*, monografía preparada por la Universidad de Miami (1967). Imprescindible es la consulta de la *Cuban Refugee Program Fact Sheet* (1967).

[2] Según el informe rendido por el capitán William F. Cass, jefe de operaciones de la 7th Coast Guard District de Miami, las embarcaciones variaban muchísimo entre sí: las había desde pequeñas lanchas de menos de cinco metros con motor fuera de borda hasta un *ferry* de casi 37 metros, construido en 1888. La guardia costanera de los Estados Unidos tuvo en este éxodo un protagonismo excepcional; aunque se mantuvo siempre fuera de los límites jurisdiccionales de las aguas cubanas, ayudó de manera decisiva al éxito de la operación: distribuyó salvavidas, inspeccionaba y acompañaba a las embarcaciones más indefensas, subía a sus barcos a los pasajeros que abarrotaban las lanchas más frágiles y auxiliaba a los barcos que se averiaban durante la travesía, que no fueron pocos. Gracias a esta labor humanitaria los muertos en la aventura no llegaron a alcanzar la veintena. Cf. Cass, ápud Clark (1977: 87 y n. 34, 35, 36 y 37).

[3] Según el *National Data Book and Guide Sources*, *Statistical Abstract of the United States* (1980: 87), este total de 179.000 inmigrantes se desglosa de la siguiente manera: 17.000 en 1974, 25.600 en 1975, 28.400 en 1976, 66.100 en 1977, 27.500 en 1878 y 14.000 en 1979.

[4] El éxodo de Mariel ha llamado la atención de numerosos investigadores, como queda demostrado en la bibliografía preparada por Boswell y Rivero (1988). En este amplio abanico de trabajos destacan las obras de Bach, Bach y Tripplet (1981-1982), Clark, Lasaga y Reque (1981), Boswell y Curtis (1984), Bach (1985) y Portes, Clark y Manning (1985). Desde el punto de vista lingüístico, vid. los estudios de Varela (1981) y los de Über (1986a, 1986b, 1988, 1889a, 1989b, 1995). El relieve extraordinario que estos exilados alcanzaron posteriormente en la cultura cubana de Miami ha sido compendiado y subrayado en '20 años de Mariel', sección especial de 16 páginas del *Diario Las Américas* (21 de abril de 2000).

[5] Durante estos cinco años las estadísticas de los no sobrevivientes y de los que fueron sorprendidos en su intento por las autoridades cubanas son sobrecogedoras. En 1990 hubo 467 salidas exitosas, mientras que 1.593 no llegaron a puerto alguno; en 1991, los que consiguieron su propósito sumaron 2.203 y los que no tuvieron esa suerte, 6.596; en 1992, lograron llegar a las costas estadounidenses 2.557, contra los 7.073 que se quedaron en el camino; en 1993 triunfaron 4.208 y fracasaron 11.564. En 1994, año del alud de los 'balseros', el éxito acompañó a 35.108, pero no a otros 16.348 (Aja Díaz, 2000). En ese período los intentos de abandonar la isla a través de este 'puente de la muerte' fueron 87.717; 43.174 (el 49,2%) lo consiguieron. Guerra y Álvarez-Detrell (1997) han recogido una impresionante serie de testimonios de boca de estos 'balseros' en Albuquerque, Nuevo México y Miami. Los textos presentados en este libro de memorias constituyen, entre otras cosas, documentos de muy elevado interés lingüístico.

[6] Por 'potencial migratorio' el estudio entiende la probabilidad que tienen los individuos de decidirse a abandonar el país (sin que tengan que hacer público su deseo o comenzar los trámites oficiales), según condicionantes económicos, políticos o sociales (incluidos los familiares).

[7] Con excepción de los Estados Unidos, los destinos más frecuentes han sido Puerto Rico, diversos países hispanoamericanos —Venezuela y México entre los favoritos— y España, aunque en ocasiones estos lugares fueran solo transitorios. De todos ellos, el exilio más estudiado —aunque no desde el punto de vista lingüístico— ha sido el de Puerto Rico. De los títulos producidos, vid. especialmente: Esteve (1984), Montaner (1991) y Cobas y Duany (1995), trabajos que, en cierta medida, se complementan entre sí.

[8] Múltiples son las causas que han venido impulsando este flujo constante de regreso al Gran Miami. Entre los que están activos laboralmente, el interés de ejercer su profesión o su oficio (muchas veces adquiridos, actualizados y perfeccionados durante su anterior lugar de residencia) en el enclave miamense, o por motivos sentimentales y familiares, o por dificultades en el aprendizaje del inglés, necesario en otros puntos del país. Únanse a estos los jubilados, que tras años de trabajo en otras regiones, deciden regresar a su 'capital'.